





# Atrasis

*Colección Átropos*



# Atrasis

Cuentos de nueva fantasía

Primera edición, febrero 2018

© Triskel Ediciones, 2018

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-948064-2-1

Depósito Legal: SE 268-2018



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

[triskelediciones@triskelediciones.es](mailto:triskelediciones@triskelediciones.es)

[www.triskelediciones.es](http://www.triskelediciones.es)

Ilustración: Eva Vázquez

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

## ÍNDICE

Prólogo, de <i>Teo Palacios</i>	9
Sangre de la tierra, de <i>Susana Vallejo</i>	11
Ciudad de muertos, de <i>Amaya B.F.</i>	21
Camión de reparto, de <i>Alicia Pérez Gil</i>	41
El mensajero, de <i>Rafael Reina</i>	51
Nadie recordará a los ángeles cuando en el mundo reinen las tinieblas, de <i>Esther Rodríguez Bernal</i>	63
El corazón de la sombra, de <i>Nieves Muñoz de Lucas</i>	73
Un subsuelo de luz, de <i>Cristina M. Null</i>	89
Mármol negro como la nieve, de <i>Juan Ramón Biedma</i>	103





## PRÓLOGO

*Teo Palacios*

Hace algún tiempo, Amazon España lanzó un curioso estudio que decía que más de la mitad de la población española deseaba escribir un libro. Es un dato realmente demoledor, porque en los mismos días había salido otro estudio que indicaba que menos de la mitad de la población española era lectora asidua. Por tanto, hay más gente que quiere ser escritor que la que lee de forma habitual.

Yo llevo diez años dedicándome a impartir clases de narrativa a personas que tienen ese deseo. Por supuesto, no todos los alumnos que he tenido a lo largo de estos años querían convertirse en escritores. Algunos lo hacían por placer, por conocer los entresijos de la narrativa, por pasar su tiempo con una actividad que les interesa... Pero otros... Otros sí tenían el objetivo de convertirse en escritores. Por mis cursos han pasado personas como Regina Román, que ha llegado a publicar con el grupo Planeta, o Concha Álvarez, que se ha especializado en novela romántica y tiene ya varias obras publicadas con Ediciones B.

Cuando me planteé la posibilidad de comenzar a impartir clases de narrativa tuve una cosa clara: mis clases debían resultar de utilidad. Debían servir para que, aquellos que lo desearan, pudieran encontrar su camino como escritores. Y uno de los retos que me propuse fue el de allanarles el camino de la publicación de su obra.

El primer paso fue utilizar el *boom* de la edición en formatos digitales. He trabajado con mis alumnos en la creación, maquetación, escritura y corrección de antologías de relatos que fueron

creadas desde cero por ellos mismos y cuyos beneficios fueron exclusivamente para Save the children. Luego llegamos a un acuerdo con una editorial para publicar en formato *Ebook* un libro anual de relatos.

Pero no hay nada que se compare a ver tu obra en papel, en un libro físico, en el estante de una librería. Por eso le propuse a Triskel, una editorial que hace un excelente trabajo, que crece desde la humildad y el cariño a sus proyectos, la publicación a nivel nacional de una antología de mis alumnos.

La respuesta fue entusiasta, y estas páginas dan fe del esfuerzo y el trabajo de todos los implicados: desde los autores, que en algunos casos tuvieron que ajustarse a un género que no dominan, lo que habla muy bien de su proyección como escritores, a los padrinos, mis queridos Juan Ramón Biedma y Susana Vallejo, que se enamoraron de la idea tan pronto como se les propuso. Que sus firmas acompañen estos relatos es todo un lujo y un honor. Y por supuesto, el trabajo de Triskel, que desde el principio dejó claro que sus beneficios también serían solidarios.

Así pues, con este libro no sólo vas a descubrir nuevas voces, algunas de ellas te aseguro que te sorprenderán. No sólo estarás dando la oportunidad a nuevos autores. Además, estarás colaborando con FEDER, la Federación Española de Enfermedades Raras, a quienes irán una parte de los beneficios de la presente edición.

Escribir es mucho más que un *hobby*. Es mucho más que un placer. Para algunos, escribir es una necesidad, pues vuelcan en lo que escriben un mundo interno que de otro modo nunca vería la luz.

Bienvenidos al interior de mis alumnos. Bienvenidos al nacimiento de nuevas voces en la narrativa española.

## SANGRE DE LA TIERRA

*Susana Vallejo*

Era la primera vez que el abuelo le permitía acompañarle a su cueva. El quinqué apenas iluminaba y el muchacho hacía todo lo posible por no tropezar. La titilante llama se perdía entre la negrura y las inquietantes sombras.

—¿Quiere que encienda el móvil, abuelo?

El anciano no contestó. Él no necesitaba la luz. Conocía cada centímetro, cada irregularidad y cada grieta del suelo y las paredes. Por algo era su cueva. La llamaban así, la cueva, aunque en realidad se trataba de un simple sótano. Sus antepasados habían horadado el suelo y construido aquella bodega cuando la ciudad aún quedaba lejos. Antes de que empezara a crecer, a ocupar los campos y las viñas, y a cercar la casa y los terrenos.

—Cuidado con el último escalón, Antonio. Es más alto que los demás.

El muchacho no dijo nada. Se limitó a seguir intentando distinguir los peldaños entre la oscuridad que lo envolvía.

Cerraba la boca con fuerza. Era consciente de la importancia del momento. Por fin era como los mayores. Por fin su abuelo lo consideraba lo suficientemente maduro como para llevarlo a su cueva. Por fin formaría parte de la familia.

Cuando llegaron abajo, el abuelo depositó la lámpara con cuidado sobre la mesa y luego buscó unas velas. Sus manos temblaron un poco al encenderlas. Temblaban el hombre, el fuego y el mu-

chacho, que obedeciendo a un gesto de su abuelo se sentó en uno de los bancos.

Olía a humedad. Una humedad que no era como la del campo, sino distinta, hecha de algo antiguo, sólido y profundo, como la vieja casa y como el abuelo.

El anciano se sentó ante él y lo miró fijamente sin decir nada. El chaval se revolvió en el asiento y el silencio le pesó tanto como la oscuridad que lo envolvía.

—Abuelo. —El chico carraspeó—. ¿Le ayudo? ¿Hago algo?

—Sólo mira. Bueno, y acércame dos copas y esa botella, anda.

Decenas de botellas descansaban en aquella estancia. Algunas estaban cubiertas de polvo y telarañas, otras parecían más recientes.

—¿Esta? —señaló una apenas cubierta de polvo. Su abuelo asintió.

El chaval tomó la botella con cuidado. El líquido que contenía era rojo muy oscuro. Atrapó la luz de las llamas y devolvió unos reflejos púrpuras, casi morados. Al depositar la botella sobre la mesa, le pareció que el vino era denso. Denso y sólido como el aire de aquella cueva. Como la oscuridad que se resistía a retroceder ante la tímida luz de las velas.

El abuelo rebuscó un abridor en su bolsillo y tardó en abrir la botella. Cuando lo hizo, sonó como si el vidrio llorase. Entonces el anciano olió el corcho y debió encontrar algún efluvio que le complació, porque sonrió no sólo con los labios, sino también con los ojos, que recogieron los escasos puntos de luz del sótano, para reflejarlos en una cálida mirada. Luego acercó las dos copas y dejó que el espeso líquido bermejo bailase sobre ellas.

El abuelo acercó una a su nieto y la otra se la llevó a los labios.

El muchacho observó cómo cerraba los ojos y, antes de tragar, se enjugaba la boca con la bebida.

—¿A qué sabe, abuelo?

El anciano suspiró. El vino acarició su garganta. El alcohol asaltó sus fosas nasales. Casi quemaba. Lo que quedó en su paladar estalló en una miríada de sensaciones.

Tenía un par de años menos que su nieto. El vino empapaba las migas que Roser le había preparado para desayunar. El líquido subía rápidamente por el cuerpo del pan tiéndolo casi de morado. Las miguitas no podían evitar absorber el vino y volverse blandas y esponjosas para acabar convertidas en una especie de pulpa o de sopa que él pasó a devorar con ansia.

Tenía hambre. Y tenía frío. En la cocina el fuego del hogar mantenía sus pies y la parte derecha del muslo calientes, pero el frío del cruel invierno se colaba por todas partes.

La puerta se abrió y Manuel entró cojeando. Lo buscó con una mirada más afilada que el gélido aire del exterior.

—Vamos tarde. ¿Aún no estás preparado?

—Me he dormido. Y hace frío.

—¡Frío! Dice el señorito que hace frío. ¡Pues claro que hace frío! Así son las cosas: en invierno hace frío, en verano, calor.

—No quiero ir... —El niño lo interrumpió.

La mirada de Manuel se tornó tan oscura como la noche que todavía no había terminado de morir, allá afuera de la casa.

—No es lo que tú quieras o no quieras. Es lo que hay que hacer. Y lo que hay que hacer, hay que hacer. Ea, si tu padre viviese te arrastraría de las orejas para llevarte a las viñas. Tienes suerte de que él no esté. Yo no lo haré de las orejas.

El muchacho refunfuñó y apuró todo lo que le quedaba en el tazón.

Lágrimas púrpuras resbalaron por la loza dejando a su paso un rastro rojizo.

—Mira, míralo bien.

Manuel lo había obligado a subir a la colina, si bien casi ni merecía ese nombre. Simplemente era la parte más alta de sus tierras. Él estaba casi sin aliento y Manuel, al que su cojera le forzaba a caminar de una curiosa forma tambaleante, también.

—¿Lo notas?

—¿El qué, Manuel?

—¡El sol! ¡El aire! Ay, Josep. Estas viñas son las mejores. Disfrutan de sol todo el día, ¿no lo ves? Esta tierra. —Cogió un puñado que se desgajó entre sus manos—. Esta tierra guarda el calor del sol del día. Es lo mejor para las viñas. ¿No lo ves? ¿No lo notas? ¿No ves que son las mejores?

Josep sólo veía hileras de viñas medio heladas. Tan heladas como sus manos, envueltas en trapos y cubiertas de sabañones. Llevaban horas podando las viñas, y apenas habían adelantado unas decenas de metros.

—¿Por qué tenemos que hacerlo nosotros?

—Porque son malos tiempos. —Manuel reprimió un gesto de rabia—. La guerra se llevó a los temporeros. Y son tus tierras, Josep. Ahora que tu padre no está, son tuyas. Es tu responsabilidad. ¿Lo entiendes?

Él sólo entendía que le hablaba como a un crío pequeño. Que le dolían las manos y estaba cansado. Que hacía demasiado frío como para trabajar. Que antes no tenía que ocuparse de estas labores. Que para eso estaban los mayores y los otros chavales, y los temporeros esos que ya no se atrevían a pisar sus tierras por culpa de Napoleón. Antes todo era distinto. Y estaba madre que le cantaba y padre que atemorizaba a toda la región.

—No —se atrevió a contestarle—. No lo entiendo. Hace frío y dicen que los franceses están a punto de llegar. Roser y las mujeres dicen que harán lo mismo que hicieron en Girona: matarnos y quemarlo todo. ¿Por qué no nos podemos quedar durmiendo, calentitos en

la cama, en un día como este? ¿Por qué te empeñas en esto? No, no vale la pena.

La cara de Manuel se había vuelto tan roja como si hubiera bebido. Y, de pronto, sin mediar ni una palabra, le partió la cara.

Nunca antes le había pegado. Y había sido un golpe bien fuerte. Un golpe de adulto. Como si hubiera abofeteado a Pere o a Quim.

Josep se tambaleó en el sitio. Sintió la sangre corriendo por dentro y por fuera de la boca. Estaba caliente. Se llevó la mano a la herida. Contempló su mano manchada de color bermejo y los trapos empapados en un rojo chillón. Los dedos quedaron pegajosos.

—¿Que por qué me empeño, pequeño imbécil? Porque son tus tierras y están vivas. Y hay que cuidarlas y alimentarlas. ¿Por qué tenemos que podar ahora estas viñas? Para que luego, en verano...

—Pero —farfulló Josep—, vendrá el francés...

Manuel respiró hondo. El chaval se encogió esperando un nuevo golpe que, sin embargo, no llegó.

—Da igual si viene o no viene. Esto es lo que tenemos que hacer ahora. Y lo haremos cada año, pase lo que pase. ¿Entiendes?.. Ahora hemos de podar las viñas. Darles forma. Cortar tal y como te enseñé, en bisel, cada ramita —señaló alrededor—. Y dejaremos sólo cuatro o cinco. Y cada vez que cortes lo harás pensando en la forma que adquirirá cuando crezca. Porque lo que hacemos ahora determina su forma y su vida en el futuro... Igual que nuestro trabajo de ahora hará que en el futuro estas tierras sigan vivas, dando sus frutos. Igual que esa bofetada que te acabas de llevar hará que crezcas de una manera y no de otra, Josep.

A Manuel las palabras se le habían juntado las unas con las otras en un discurso que se le había escapado, como si lo hubiera mantenido atrapado, durante mucho tiempo dentro de sí.

—Míralo bien, Josep. —Manuel tomó aire y empezó a hablar mucho más despacio—. Mira esta tierra, esta agua. —Señaló el arroyo—.

Yo me iré y tú te irás, mucho después que yo, pero esta tierra y sus frutos seguirán aquí, por siempre. Y otras manos y otros corazones la cuidarán, aunque haga frío, aunque la nieve nos lleve por delante o aunque vengan cien mil franceses! Somos diminutos eslabones de una eterna cadena. Y si estamos cansados, o tenemos frío o nos duele lo que nos duela, ¡a nadie le importa un carajo! Es lo que hay que hacer y nos toca hacerlo a nosotros. ¿Lo entiendes?

Josep miró a Manuel con los ojos tan abiertos como una boca; como si quisiera comerse cada una de las palabras que le había escupido.

—No, la verdad, Manuel, es que no lo entiendo. —El sabor de la sangre seguía quemándole por dentro—. Pero lo que hay que hacer, hay que hacer, ¿no?

—Eso. Hala. Pues sí que lo has entendido. ¡A podar!

Josep se agachó junto a la viña más cercana. Tenía los nudillos azulados por el frío, los pies helados. El moquillo de las lágrimas que se había tragado colgaba de una nariz también helada. Y la sangre de su mano y de los trapos ya no era tan roja, sino granate. Era como el vino.

—¡Josep!! ¡Arriba! ¡Arriba!

Estaba oscuro. Aún era de noche. Los aterrizados gritos de Roser daban mucho más miedo que la oscuridad y el frío.

—¡Llegan los franceses! ¡Arriba, Josep!

El muchacho se levantó y comenzó a vestirse. Las manos le temblaban, pero sus gestos eran de esos que se han repetido miles de veces, y entonces las manos y los dedos saben lo que hay que hacer, aunque el corazón y el cerebro tiemblen y se estremezcan.

Hacía ya días que decían que iban a llegar los franceses, que a cada hora estaban más cerca y que a su paso dejaban todo devastado. Había oído a Roser y a las otras mujeres contar lo que había



pasado en Manresa y Sant Fruitós, y lo de Girona. Sobre todo lo de Girona. Hacía años que tenía pesadillas con lo que contaban que habían hecho en Girona.

Rezaba a San Agustín y a la Santísima Virgen de Montserrat cada noche y cada mañana para que no ocurriera. Pero, aun así, por si los santos y la virgen no los escuchaban, lo tenían todo preparado desde hacía semanas. Habían escondido en la oquedad de los canchales mantas y provisiones para varios días. Allí no les encontrarían. La cavidad que se ocultaba entre las rocas de la montaña era suficiente para cobijarles a los tres. Sólo las gentes de la zona conocían aquel lugar. Y ya apenas quedaba nadie. Todo estaba preparado para huir. Para dejar la casa. Dejársela a los franceses para que la destruyesen, como habían hecho con Girona y con Manresa y con Sant Fruitós.

Josep se acababa de anudar el tabardo cuando Manuel asomó por la puerta. Parecía cojear más de lo habitual.

—¿iNos vamos ya!?

Vio a Roser que cargaba un hatillo y desviaba la mirada hacia el suelo.

—Tú te vas con Roser. Yo me quedo.

—¿Cómo que te quedas? ¿Qué vas a hacer, Manuel?

—Me quedo en la casa.

—¡Pero vienen los franceses! ¡Te encontrarán!

—Por eso mismo me quedo. Para que encuentren a alguien.

—No seas idiota. Tú... ¡Te vienes con nosotros!... ¡Te lo mando!... —Nunca le había dicho nada así a Manuel.

—Tú nunca has mandado, Josep. Estas son tus tierras, sí; pero ni siquiera tu padre podía ordenarme algo a mí. ¡A mí! Escucha, estoy aquí porque quiero, porque lo elegí. Siempre he cuidado de vosotros. Y aquí me quedo. ¿A dónde iba a ir así?

Manuel se levantó la pernera del pantalón. Nunca le había enseñado la pierna. Josep sólo sabía que cada día cojeaba más y que le

costaba más maldiciones y suspiros agacharse y levantarse para cuidar de las viñas.

Lo entrevió sólo por un instante, pero aquella pierna parecía de madera. Morada, azul, casi negra. Más oscura que el más negro de los tintos.

—Me quedo y les diré dónde está el vino y las joyas y el dinero... Así quedará saciada su hambre de saqueo. Pero nunca les entregaré todo, Josep. Nunca encontrarán nuestra cueva. Yo me ocuparé de que no la encuentren.

—¡No!, vente con nosotros. ¡Hay comida para los tres! Yo... podría acabar con los franceses. Si bebiera de nuestro vino, si me dejaras...

—Eres demasiado pequeño, Josep. Has de esperar una par de años aún. No funcionaría, ya lo sabes. Aún eres un crío.

—¡Podría matarlos a todos! ¡Quiero verlos morir!

—Ya tendrás tiempo para verlos morir a todos. —Manuel sonrió—. Te hartarás de verlos morir. A centenares. A miles. Sólo es cuestión de tiempo. Los verás morir y probarás su sangre. Y seguirás haciendo el vino de tus antepasados. Los verás morir, sí. Pero no ahora, pequeño.

Manuel se agachó y se puso a la altura del chiquillo.

—Vete, Josep. Roser ya está de camino. Escucha —se acercó a él renqueando—, tendrás que protegerla. Yo ya no puedo hacerlo. ¿Lo harás tú por mí?, por favor.

El muchacho asintió sin darse cuenta.

—Pero quemarán la casa... y las tierras y... y destruirán... —balbuceó.

—Pueden quemar la casa y las tierras. Pero ¿sabes qué?, sus cenizas alimentarán la tierra. Igual que la rabia me da fuerzas a mí ahora, las cenizas darán más fuerza a esta tierra. Y sé que a ti también te la dará. Que ya no tendrás frío ni querrás quedarte en la cama aunque estés cansado porque te acordarás de mí... Y de tu

padre, y de tu madre, y de todos los que estuvimos aquí antes que tú...

—Somos eslabones de una cadena.

—¡Ahora lo entiendes, Josep! Ahora lo entiendes. Ve, corre. Roser te espera.

Josep buscó la mirada de Manuel. Y lo que encontró en ella le hizo callar. Supo que nada le haría cambiar de opinión. Y estuvo seguro de que si se quedaba allí frente a él un segundo más, acabaría llorando como un niño, agarrado al hombre como quien se agarra a un sólido árbol. Su corazón gritaba demasiadas cosas que su boca no sabía cómo explicar.

—¡Suerte, muchacho! ¡Corre a los canchales!

Josep se dio la vuelta y corrió todo lo que pudo. Sólo se atrevió a mirar atrás cuando alcanzó la colina y tuvo que parar a coger aliento. Si daba un paso más, el corazón se le partiría en mil pedazos. Y cuando contempló la casa, la bodega nueva y el patio, respiró hondo y sintió el aire más cálido.

Alrededor, las viñas empezaban a echar los primeros brotes. Sus pies se hundían en esa tierra que ahora sabía que conservaba el calor del día.

Roser estaba a su lado envuelta en una manta.

—Vamos, Josep —le pasó un hatillo—. Aún queda un largo camino hasta los canchales. Y nadie debe vernos.

Nunca había visto un atardecer tan bello.

Desde tan lejos, la casa era una diminuta sombra que bailaba entre los tonos ardientes del fuego. El cielo dorado estallaba en jirones morados, rosados y violetas. Algunas nubes eran naranjas y color teja. Y otras, bermejas, granas, púrpuras, casi moradas. Como el vino. Como la sangre de los hombres.

Vio cómo, de pronto, una de las paredes del patio caía y al hacerlo, levantaba una polvareda brillante y dorada. El humo se convirtió en un velo que oscureció aún más la silueta oscilante de la casa.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla.

—¿A qué sabe, abuelo?

El anciano abrió los ojos y miró los restos del vino resbalando por las paredes de la copa. Las lágrimas granates del vino dejaban un rastro que en unos instantes desaparecería.

—¿Que a qué sabe?

Sabe a la sangre caliente de un tortazo y al frío del invierno. Sabe al hierro de mi sangre y a la del padre y la madre que ya apenas recuerdo. Sabe a familia, a nuestra familia. Sabe a rojos y encarnados, al púrpura de la pierna enferma de Manuel. Sabe a la tierra de la colina que conserva el calor del verano y del día, y a la brisa que trae el aroma del hinojo. Sabe a las cenizas de la vieja casa que tú no conociste. Y las de las casas que yo no conocí. Sabe a la muerte de los que nos precedieron y a los que aún no existen. Sabe a humanidad, a hombres, a tierra y a sol, y a frío y calor. Sabe a las frutas del verano y al acero del invierno y de los sables de los franceses. Sabe a ayer y a hoy, a vida y a muerte.

—¿Que a qué sabe? —repitió Josep en voz alta—. Sabe a vida, pequeño. Bebe tú ahora.

Y el muchacho bebió.